

BLOC DE NOTAS

Refugio y desarraigo

«August», título póstumo de **Christa Wolf**, es la breve y hermosa evocación de uno de tantos niños desplazados por la guerra

Luis M. Alonso

La historia personal de **Christa Wolf** (1929–2011), novelista, ensayista y guionista, fue, en muchos sentidos, la historia de la Alemania precaria de posguerra. Si las heroínas o protagonistas de sus novelas lloran tanto es porque había muy pocos motivos para alegrarse. Nacida en 1929 en la entonces Prusia Oriental, hoy Polonia, la familia de Wolf huyó del Ejército Rojo al final de la guerra y, por pura casualidad, terminó en la zona rusa. Mientras existió Alemania Oriental, Wolf fue una escritora de Alemania Oriental. Pero no perteneció solo a ella, desde su muerte empezó a extenderse una y otra vez el lamento de que nunca una autora alemana había logrado captar la atención de tantos compatriotas de uno y otro lado.

Partiendo de los inicios, Wolf entendió la literatura como un arma de interrogación ética. En «Noticias sobre Christa T.» (1968), la reflexión sobre la identidad y la enfermedad se convertía en un cuestionamiento del discurso oficial de la RDA; en «Cassandra» (1983), una relectura del mito clásico, servía para examinar las estructuras del poder y la violencia. Esa tensión entre conciencia individual e historia colectiva recorre toda su obra y alcanza en «August», este pequeño pero gran libro póstumo que ahora publica Asteroide, formas depuradas, casi transparentes. Se trata de una anécdota mínima pero bellamente expresada donde no hay grandes alegorías ni armazones míticos, apenas la evocación de un niño desplazado tras la Segunda Guerra Mundial y acogido en un entorno que es refugio y, al mismo tiempo, desarraigo. Por primera vez, la mujer no es protagonista para Wolf.

La historia que cuenta es conmovedora. August es uno de tantos niños que la guerra dejó suspendidos en una geografía emocional incierta. La narradora reconstruye su figura desde la memoria, con esa mezcla de ternura, culpa y perplejidad que caracteriza la mirada retrospectiva de un pasado que la propia tragedia transfigura. ¿Quién era realmente ese niño callado, atento, casi invisible? ¿Qué capas de silencio ocultan sus gestos? La novela avanza tanteando. La memoria no ilumina, rodea. En esa estructura fragmentaria se reconoce la poética de Wolf, para quien recordar resultó ser siempre un acto problemático, una negociación entre lo vivido y lo narrado, como prueba gran parte de su aclamada obra. Las frases en «August» conllevan el ritmo preciso que requiere la brevedad, son claras, a veces casi desnudas y, sin embargo, contienen, por decirlo de alguna manera, una especie de vibración subterránea. Wolf nunca fue amiga del sentimentalismo; su emoción prusiana procede de la lucidez. Incluso en sus textos más autobiográficos la autora evita la complacencia y se obliga a sí misma a confrontar las zonas incómodas de su pasado. En «August», esa disciplina moral se traduce en una delicadeza que no idealiza la infancia ni convierte el sufrimiento en espectáculo. Mil gracias, mil veces.

Es inevitable leer esta preciosa novelita como un eco de la biografía de la propia escritora, cuya trayectoria estuvo marcada por el compromiso con el socialismo y por las controversias en torno a su relación con el aparato cultural del Estado. Pero reducir su obra a esas coordenadas políticas sería empobrecerla. Lo que distingue a Wolf es su obstinación en explorar la responsabilidad individual en contextos históricos adversos como los que ella vivió. «August» prosigue esa exploración desde el ángulo íntimo de la responsabilidad de quien recuerda e intenta, a la vez, comprender retrospectivamente la vulnerabilidad de otro.

El libro, escrito poco antes de morir como regalo a su marido en el sexagésimo aniversario de casados, es también un homenaje a los niños desplazados por la guerra, cuya experiencia quedó tantas veces diluida en el relato épico de la reconstrucción; también, un homenaje a la fragilidad como condición humana; y, acaso, a la propia literatura como espacio de resistencia frente al olvido. Wolf parece sugerir que escribir es un modo de cuidar lo que el tiempo amenaza con borrar. Aunque ese cuidado no implique la apropiación, porque la figura del niño que revive, décadas más tarde, los recuerdos junto a la adolescente Lilo, ya como conductor de un autobús a orillas del Elba, permanece en parte inaccesible, como si la autora quisiera respetar el núcleo irreductible de toda vida ajena. Y toda su dimensión ética.



Christa Wolf. | Wikipedia

Los otros

Francisco Ferrer Lerín abre espacio en «Metazoa» para la prosa científica, pero también para el microrrelato, el dietario o la reseña histórica

Ricardo Menéndez Salmón

Escribe **Michel Onfray** en «Estética del frío»: «Los animales ayudan a encuadrar el paisaje en su materialidad genealógica. Los chamanes, los sacerdotes de las religiones panteístas, son seguramente capaces de leer las líneas que trazan los pájaros en el cielo: ruido atropellado de unas alas que el viento alisa; sopro sordo y breve de la pluma mecida por los desplazamientos del ave marina, del lagópodo o del fulmore boreal; batida ancha y larga, poderosa y eficaz, de las ocas blancas, gracias a su velamen arqueado; trazo aterciopelado, color pastel, de las gaviotas, con el que escriben en la luz lechosa una historia límpida, de la que se sirven los poetas y los locos, los artistas y los místicos». No me atrevo a pronosticar que **Francisco Ferrer Lerín** sea un chamán ni un sacerdote, pero sin duda su escritura abreva en las fuentes de la poesía y del arte, lo cual emparenta su tarea con los veneros que nutren también tanto la locura como la mística. «Metazoa», subtítulo «Presencias faunísticas», constituye de este modo un precioso ejemplo de una disciplina de la observación que convierte su transcurso en algo mucho más que complejo que el mero escrutinio, hasta hacer del diálogo con los otros, con los animales, una lección de respeto y de belleza.

Dividido en seis partes, Amphibia, Aves, Invertebrata, Mammalia, Reptilia y Varia, «Metazoa» despliega un arco variadísimo de soluciones literarias. Hay en su discurso lugar para la prosa científica, condensada en la mirada del naturalista que alienta en Ferrer Lerín, pero también para el microrrelato (caso de un texto tan extraordinario como «Mi jefa»), para el dietario, para la reseña histórica o para el enciclopedismo *sensu stricto*. Ferrer Lerín despacha paseos ornitológicos al lado de *vernissages* literarias, páginas de ecología junto a juguetes sarcásticos, rescates del diccionario en comunión con agudas descripciones del paisaje y de la fauna que lo puebla. Dueño de un muy peculiar sentido de la frase, y de un no menos singular humor negro, Ferrer Lerín demuestra, una vez más, que, como ciertos maestros de la lengua (y pienso en **Miguel Espinosa**, en **Rafael Sánchez Ferlosio** o en **José Jiménez Lozano**; incluso en **Cristóbal Serra** y en **Álvaro Cunqueiro**), su escritura constituye un género en sí mismo, el *ferrerlerinismo*, una concepción de la escritura como laboratorio de ideas y de emociones, capaz de moverse entre lo sublime y lo patafísico, lo soberano y lo cósmico, hasta validar un universo de soberana coherencia.

«Metazoa» se instala, por ello, gozosa y festivamente, en una región propia, alejada de los habituales itinerarios literarios, destinada a expresar un asombrado elogio ante esa pléthora de lo vivo, los animales, tan presentes y a la vez tan escondidos, que constelan nuestra cotidianidad en sus variadísimas formas, y que en su paleta inagotable, que cantaron visionarios como **William Blake** o filósofos como **Derrida**, nos remiten a esa materialidad genealógica señalada por Onfray, una multiformidad inagotable e inabarcable que, en demasiadas ocasiones, ignoramos desde la supuesta superioridad de nuestro bipedismo.



Metazoa
Presencias faunísticas
Francisco Ferrer Lerín

Jekyll & Jill, 208 páginas, 22 euros



August
Christa Wolf

Traducción de Marina Bornas

Libros del Asteroide, 72 páginas, 11,95 euros